

EL VIA CRUCIS

Introducción

Guía: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

Oración de inicio

Señor Jesús, en este día consagrado por tu Pasión elevamos nuestras voces a Ti, confiados en que nos escuchas. Te bendecimos porque eres para nosotros fuente de vida, tomas sobre ti nuestros sufrimientos y con tu santa cruz redimiste al mundo.

Creemos que tus heridas nos han curado, que no nos dejas solos en la hora de la prueba y que tu Evangelio es sabiduría verdadera.

Reconocemos tu cuerpo martirizado en muchos de nuestros hermanos y hermanas, la violencia que sufriste en quien es perseguido, y tu abandono en el suplicio de quien es asesinado. Tú, que quisiste vivir en una familia, mira compasivo a nuestras familias, acoge sus oraciones, atiende sus gemidos, bendice sus propósitos, acompaña su camino, sostenlas en sus dudas, consuela sus afectos heridos, infúndeles la valentía de amar, concédeles la gracia del perdón y haz que estén abiertas a las necesidades de los demás.

Señor Jesús, Tú que eres el Crucificado Resucitado, haz que no nos dejemos robar la esperanza de una nueva humanidad, de los cielos nuevos y la tierra nueva, donde enjugarás toda lágrima de nuestros ojos y no habrá ni llanto ni dolor, porque lo antiguo ha pasado y seremos una gran familia en tu casa de amor y paz.

I estación

La agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador amén.

Cuando llegaron a un lugar llamado Getsemaní, Jesús dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí mientras voy a orar». Se llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y

angustia. Entonces les dijo: «¡Me muero de tristeza! Quédense aquí y vigilen». Y, alejándose un poco, se postró en tierra y oraba pidiendo que, si fuera posible, no tuviera que pasar por aquella hora. Decía: «¡Abbá, Padre, tú lo puedes todo! Aparta de mí esta copa, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». (Mc 14,32-36)

Meditación

Aquí estamos. Nos casamos hace apenas dos años. Nuestro matrimonio todavía no ha sido probado por demasiadas tormentas. Llegó la pandemia que complicó un poco todo, pero somos felices. Parece que estamos viviendo una larga luna de miel, a pesar de las discusiones cotidianas y de nuestras diferencias. Aun así, muchas veces tenemos miedo. Cuando pensamos en las parejas de amigos que fracasaron. Cuando leemos en los periódicos que aumentan las rupturas. Cuando nos dicen que seguramente nos separaremos porque así va el mundo, se trata de una cuestión de estadística. Cuando nos sentimos solos porque no nos entendemos. Cuando llegamos con dificultad a fin de mes. Cuando nos encontramos bajo un mismo techo como dos extraños. Cuando nos despertamos de noche y sentimos en el corazón el peso y la angustia de nuestra “orfandad”. Porque nos olvidamos que somos hijos. Porque creemos que nuestro matrimonio y nuestra familia dependen sólo de nosotros, de nuestras fuerzas. Nos estamos dando cuenta de que el matrimonio no es sólo una aventura romántica, sino que también es un Getsemaní, es experimentar la angustia antes de partir tu propio cuerpo por el otro.

Señor Jesús, que sufriste miedo y angustia.

R/. Danos la paz.

Tú que rezaste en la hora de la prueba.

R/. Danos la paz.

Tú que nos llamas a velar y a rezar contigo.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre Nuestro...

Señor Jesús, que entre olivos apacibles aceptaste rezando sufrir por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz, te pedimos por los esposos jóvenes, ayúdalos a afrontar las dificultades unidos a ti y a todos nosotros concédenos permanecer contigo en la hora de la prueba.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

II estación

Jesús es traicionado por Judas y abandonado por los suyos

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Cuando Jesús todavía estaba hablando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de una gran multitud. De inmediato se acercó a Jesús y le dijo: «¡Te saludo, Maestro!». Y lo besó. Jesús le respondió: «Amigo, ¿hasta dónde has llegado!». Entonces ellos se acercaron, se abalanzaron sobre Jesús y lo arrestaron. En eso, uno de los que estaban con Jesús tomó su espada, la desenvainó e hirió al servidor del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja (Lc 22,47-50). Jesús, entonces, lo reprendió: «¡Vuelve tu espada a su lugar!, pues todos los que empuñan espada, a espada morirán». Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. (Mt 26,52.56)

Meditación

Señor, partimos para la misión hace casi diez años, porque no era suficiente ser felices, queríamos dar nuestra vida para que otros experimentaran esa misma alegría. Queríamos mostrar el amor de Cristo también a quienes no lo conocían, no importaba dónde. La vida de comunidad y las actividades de cada día nos ayudan a educar a los hijos con una visión abierta de la vida y del mundo. Pero no es fácil; no escondemos la angustia y el miedo de que nuestra familia lleve una vida precaria, lejos de nuestro país. A todo esto, se agrega el terror de la guerra tan dramáticamente actual en estos meses. No es sencillo vivir sólo de fe y de caridad, porque a menudo no logramos confiar plenamente en la Providencia. Y a veces, ante el dolor y el sufrimiento de una madre que muere en el parto y, por si fuera poco, bajo las bombas, o de una familia destruida por la guerra o por la carestía y los abusos, viene la tentación de responder con la espada, de huir, de abandonarte, de dejar todo pensando que no vale la pena. Pero sería traicionar a nuestros hermanos más pobres, que son tu carne en el mundo y que nos recuerdan que Tú eres el Viviente.

Señor Jesús, que fuiste traicionado con un beso.

R/. Danos la paz.

Tú que fuiste abandonado por tus discípulos.

R/. Danos la paz.

Tú que experimentaste soledad y humillación.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que recibiste con amor el beso traidor de Judas, te suplicamos que concedas a las familias en misión la valentía de testimoniar tu Evangelio y a todos nosotros poder responder al mal con el bien, para ser constructores de paz y reconciliación.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

III estación

Jesús es condenado por el Sanedrín

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban algún testimonio contra Jesús que permitiera condenarlo a muerte, pero no lo encontraban. El Sumo Sacerdote de nuevo lo interrogó: «¿Eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?». «Yo soy», contestó Jesús. Y todos juzgaron que merecía la muerte. (Mc 14,55.61-62.64)

Meditación

Fuimos novios pocos meses, después la vida nos separó largo tiempo, haciéndonos experimentar cómo duelen los cálidos latidos de los corazones que están lejos. Y cuando nos volvimos a encontrar nos casamos inmediatamente, con la prisa de quien ya había esperado y temido bastante. Dejamos nuestros hogares de origen para crear uno que fuera nuestro. Comenzamos a recorrer nuestro camino de esposos, llenos de proyectos y también de ilusiones de la juventud. Después la vida puso al descubierto nuestra fragilidad, despojándonos al mismo tiempo de nuestras expectativas y llevándonos por una senda muchas veces escarpada, en cuya cima nos encontramos cara a cara con la imposibilidad de ser padres, experimentando a menudo con dolor muchos juicios sobre nuestra esterilidad. “¿Cómo es que no tenéis hijos?”, nos preguntaron miles de veces, como insinuando que nuestro matrimonio y nuestro amor no eran suficientes para ser una familia. Cuántas miradas poco comprensivas tuvimos que digerir. Pero seguimos caminando cada día tomados de la mano, haciéndonos cargo, juntos, de una comunidad de hermanos y amigos que, entre soledades y ternuras, con el tiempo se convirtió en casa y familia.

Señor Jesús, que sufriste una condena injusta.

R/. Danos la paz.

Tú que soportaste críticas y acusaciones.

R/. Danos la paz.

Tú que, siendo inocente, fuiste perseguido.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que fuiste condenado injustamente, te suplicamos que concedas a los esposos sin hijos poder caminar tomados de la mano, viviendo en plenitud el Sacramento del amor conyugal, y a todos nosotros poder vivir las adversidades con suave firmeza.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

IV estación

Jesús es negado por Pedro

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Mientras Pedro estaba abajo, en el patio interior, llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote. Al ver a Pedro calentándose junto al fuego lo reconoció y le dijo: «¡Tú también estabas con Jesús de Nazaret!». Pero él lo negó diciendo: «¡No sé ni entiendo de qué hablas!». Y salió afuera, a la entrada del palacio, y cantó un gallo. De inmediato cantó un gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres». Y se puso a llorar. (Mc 14,66-68.72)

Meditación

Cuando nos casamos creíamos que no podíamos tener hijos. Después, en el viaje de bodas, llegó el primero, y nos cambió la vida. Teníamos proyectado ir más despacio, realizarnos en el trabajo, viajar, tratar de vivir al menos un poco como novios eternos. Y, en cambio, mientras todavía incrédulos experimentábamos la belleza de este regalo, llegó el segundo hijo: una niña. Y así, pensándolo hoy, llegaron también los otros, casi sin darnos cuenta. ¿Y nuestros sueños? Modelados por los acontecimientos. ¿Nuestra realización profesional? Modificada por la imperiosa realidad de la vida. Y después el miedo de que podamos un día renegar de todo, como Pedro; la angustia y la tentación del remordimiento ante un nuevo gasto imprevisto, la preocupación por las tensiones con los hijos adolescentes. Los viejos deseos dieron paso a nuestra familia. Es verdad que no es fácil, pero de este modo es infinitamente más hermoso. Y a pesar de las preocupaciones y la densidad de nuestros días, que parece que jamás alcanzan, nunca volveríamos atrás.

Señor Jesús, que has enjugado las lágrimas de Pedro.

R/. Danos la paz.

Tú que perdonas a quien se reconoce pecador.

R/. Danos la paz.

Tú que comprendes nuestras incertidumbres.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que abres los brazos a quien invoca el perdón, te suplicamos que concedas a las familias numerosas poder superar con alegría cada dificultad y a todos nosotros poder levantarnos siempre después de una caída.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

V estación

Jesús es juzgado por Pilatos

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Pilato otra vez les preguntó: «¿Y qué quieren que haga con el que ustedes llaman “el rey de los judíos”?». Ellos contestaron a gritos: «¡Crucifícalo!». Pilato les replicó: «Pero, ¿qué mal ha hecho?». Sin embargo, ellos gritaban aún más fuerte: «¡Crucifícalo!». Entonces Pilato, para complacer a la gente, dejó en libertad a Barrabás y a Jesús, en cambio, después de hacerlo azotar, lo entregó para que lo crucificaran. (Mc 15,12-15)

Meditación

Nuestro hijo ya fue juzgado desde antes de venir al mundo. Encontramos médicos que cuidaron de su vida antes de nacer, y médicos que con toda claridad nos habían hecho entender que era mejor que no naciera. Y cuando elegimos la vida, también nosotros fuimos objeto de juicio: “Va a ser un peso para vosotros y para la sociedad”, nos dijeron. “Crucifícalo”. Y, sin embargo, no había cometido ningún mal. Cuántas veces el juicio del mundo es precipitado y superficial, y nos hace sufrir incluso con una mirada. Cargamos sobre nosotros la vergüenza de una diversidad que con frecuencia es más compadecida que acompañada. La discapacidad no es un alarde ni una etiqueta, sino más bien la apariencia de un alma que con frecuencia prefiere callar frente a los juicios injustos, no por vergüenza sino por misericordia hacia el que juzga. No somos inmunes a la cruz de la duda o a la tentación de preguntarnos qué habría ocurrido si las cosas hubieran sido de otra forma. Pero, en realidad, la discapacidad es una condición, no una característica, y el alma, gracias a Dios, no conoce barreras.

Señor Jesús, que miraste con amor a tus adversarios.

R/. Danos la paz.

Tú que no tuviste miedo a quien mata el cuerpo, pero no la vida.

R/. Danos la paz.

Tú que juzgas con amor misericordioso.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que fuiste juzgado por lógicas mundanas, te suplicamos que concedas a las familias con hijos que sufren alivio en las dificultades y a nosotros poder elegir, proteger y amar la vida en toda circunstancia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

VI estación

Jesús es flagelado y coronado de espinas

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Pilato, después de hacer azotar a Jesús, lo entregó para que lo crucificaran. Lo vistieron con un manto de color púrpura, trenzaron una corona de espinas y se la pusieron. Luego comenzaron a saludarlo: «¡Salve, rey de los judíos!». Y le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y le rendían homenaje poniéndose de rodillas. (Mc 15,15.17-19)

Meditación

Nuestra casa es grande, no sólo en términos de espacio, sino sobre todo por la riqueza humana que allí habita. Nunca, desde el comienzo del matrimonio, fuimos sólo dos. Nuestra vocación de acoger el dolor fue y sigue siendo aún ahora —con 42 años de matrimonio, tres hijos naturales, nueve nietos y cinco hijos adoptivos no autosuficientes y con graves dificultades psíquicas— todo lo contrario, a triste. No merecemos que la vida nos bendiga tanto. Para el que cree que no es humano dejar solo al que sufre, el Espíritu Santo mueve en el interior la voluntad de actuar y de no permanecer indiferentes, ajenos. El dolor nos ha cambiado. El dolor nos hace volver a lo esencial, ordena las prioridades de la vida y devuelve la sencillez de la dignidad humana en cuanto tal. En la “vía dolorosa” de tantos flagelados y crucificados, junto a ellos, bajo el peso de sus cruces, descubrimos que el verdadero rey es aquel que se entrega y se da como alimento, en alma y cuerpo.

Señor Jesús, que fuiste flagelado en la carne y en el espíritu.

R/. Danos la paz.

Tú que conociste el dolor inocente.

R/. Danos la paz.

Tú que fuiste humillado, insultado, coronado de espinas.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que padeciste dolor y desprecio, te suplicamos que concedas a nuestras familias aprender a acoger a quien está herido y a todos nosotros hacernos cargo y aliviar el dolor de los demás.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

VI estación

Jesús es cargado con la cruz

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Después de burlarse de Jesús le quitaron el manto de color púrpura, lo vistieron con su ropa y lo sacaron para crucificarlo. (Mc 15,20)

Meditación

Una mañana como tantas, mi esposa se desmayó dos veces. La carrera al hospital y el descubrimiento de una enfermedad que en su cabeza ya estaba insinuando el veneno. La operación, la rehabilitación, los cuidados; y hoy una cotidianidad completamente nueva para todos nosotros. El Señor nos habla a través de acontecimientos que no siempre comprendemos y nos conduce de la mano para que demos lo mejor de nosotros mismos. Ella tenía un rol, una posición, una “apariencia”, y se encontró completamente diferente. Desnuda, indefensa, crucificada. Y yo con ella. A través de esta enfermedad, con esta cruz, nos convertimos en el pilar donde los hijos saben que pueden apoyarse. Antes no era así. Casi podría decir que hoy, con los ojos penetrantes en su glabro dolor, es plenamente madre y mujer. Sin adornos, en la esencialidad de una vida nueva y más difícil. Estar bloqueados, inmovilizados por un pensamiento punzante, me obliga sobre todo a mí, que era tan obstinadamente orgulloso, a descubrir qué maravilloso don son las otras familias, las que intentan hacerte reír, te ayudan en

la cocina, acompañan a tus hijos a catequesis, te escuchan, te entienden con una mirada, y, aun teniendo situaciones tanto o más complicadas todavía, se preocupan constantemente por ti.

Señor Jesús, que no buscaste honores mundanos.

R/. Danos la paz.

Tú que has cargado sobre ti el peso de todos los mortales.

R/. Danos la paz.

Tú que has abrazado el pesado madero de la cruz.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que convertiste el patíbulo de muerte en fuente inagotable de vida, te suplicamos, haz que los hijos cuiden de sus padres asistiéndolos con gratitud, y a todos nosotros que aprendamos de Ti la alegría de amar y entregarse generosamente.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

VIII estación

Jesús es ayudado por el Cirineo a cargar la cruz

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Cuando se llevaban a Jesús detuvieron a un hombre de Cirene, llamado Simón, que volvía del campo, y lo obligaron a cargar la cruz para que la llevara detrás de Jesús. (Lc 23,26)

Meditación

Nos jubilamos hace dos años y, justo cuando comenzábamos a imaginar cómo gastaríamos las energías recuperadas, nos llegó la noticia del despido de nuestro yerno. Durante la pandemia asistimos indefensos a la crisis del matrimonio de nuestra hija mayor. Los nietos empezaron a inundar de vitalidad y confusión nuestra casa, como no ocurría desde que eran pequeños nuestros tres hijos, y esto ya no sólo los domingos. Pusimos en el coche un portabebés y compramos una pizarra para escribir los compromisos de nuestros cinco nietos, sin correr el riesgo de olvidarnos de algo. Nuestros músculos ya no son los de antes, pero el bagaje de experiencias nos hace más dóciles a la vida respecto a cuando teníamos la fuerza de correr. La cruz de la precariedad de las familias y del trabajo nos preocupa. Y hoy, que naturalmente nos sentiríamos inclinados a ocuparnos de nuestros cansancios y del innegable miedo a la muerte,

nos vemos cargados con una cruz inesperada, puesta sobre nuestras espaldas a pesar nuestro. El paso a menudo se hace lento y en la noche, después de haber sonreído, nos encontramos llorando de compasión. Pero ser “oxígeno” para las familias de nuestros hijos es un don que nos vuelve a llevar a las emociones que experimentábamos cuando eran pequeños. Nunca se deja de ser mamá y papá.

Señor Jesús, que compartiste el peso de la cruz.

R/. Danos la paz.

Tú que nos sometes al juicio de tu cruz.

R/. Danos la paz.

Tú que pides que te sigamos cargando nuestra cruz.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que nos llamas a llevar las cargas los unos de los otros, te suplicamos que concedas a nuestras familias saber compartir las alegrías y las dificultades, y a todos nosotros crecer en fraternidad activa.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

IX estación

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Seguía a Jesús una gran multitud del pueblo y de mujeres que lloraban y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: «¡Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí! Lloren más bien por ustedes y por sus hijos». (Lc 23,27-28)

Meditación

Ahora somos cuatro. Durante largos años fuimos dos, y tuvimos que afrontar la cruz de la soledad y la gestación de una paternidad diferente a como siempre la habíamos imaginado. La adopción es la historia de una vida marcada por el abandono, que es sanada gracias a una acogida. Pero el abandono es una herida que sangra siempre. Y la adopción es una cruz que padres e hijos cargan juntos sobre las espaldas, soportándola, tratando de aliviar su dolor y también amándola, en cuanto forma parte de la historia del hijo. Pero duele ver a un hijo que

sufre por su pasado, hace daño intentar amarlo sin lograr rasguñar mínimamente su dolor. Nos adoptamos mutuamente. Y no hay un día en el que no nos levantemos pensando que ha valido la pena; que todo este esfuerzo no ha sido en vano; que esta cruz, aun cuando sea dolorosa, esconde un secreto de felicidad.

Señor Jesús, que has atraído las miradas de las mujeres de Jerusalén.

R/. Danos la paz.

Tú que enjugaste lágrimas y consolaste corazones.

R/. Danos la paz.

Tú que recorriste con valentía el camino de la cruz.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que te encaminaste hacia la cruz con los ojos abiertos y el corazón dispuesto, te suplicamos que concedas a los padres y a sus hijos adoptivos crecer juntos como familias acogedoras y a todos nosotros contribuir a la alegría del prójimo.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

X estación

Jesús es crucificado

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Quando llegaron al lugar llamado «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, no saben lo que hacen». Después hicieron un sorteo y se repartieron sus ropas. El pueblo estaba contemplando. Los jefes se burlaban y le decían: «¡Salvó a otros! ¡Que se salve a sí mismo si este es el Mesías de Dios, el elegido!». Los soldados también se burlaban de él y, acercándose para ofrecerle vinagre, le decían: «¡Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo!». Encima de él había un cartel con la inscripción: «Este es el rey de los judíos». (Lc 23,33-38)

Meditación

Somos una madre y dos hijos. Desde hace más de siete años somos una silla con tres patas en lugar de cuatro: hermosísima y valiosa, aunque un poquito inestable. Bajo la cruz, cada familia, incluso la más imperfecta, la más dolorida, la más extraña, la más carente, encuentra su sentido profundo. También la nuestra. Hemos experimentado, no sin lágrimas y dolor, que Jesús, en ese abrazo de maderos clavados, nos mira y no nos deja nunca solos. No sólo nos encomienda a un amor genérico del creador respecto a sus criaturas, sino que nos confía a un amigo, a una madre, a un hijo, a un hermano. A una Iglesia que, con todos sus defectos, nos tiende la mano y, aunque pueda parecer imposible, a veces sostiene el peso por nosotros, permitiéndonos de vez en cuando recuperar el aliento. El amor se multiplica porque es gratuito, aun cuando tengo la tentación de querer saber porqué, si “ha salvado a otros, si es el Cristo de Dios, su elegido”, no ha podido salvar también a mi marido. Pero la herida de Uno en la cruz es herencia, vínculo y relación al mismo tiempo. El Amor se hace real, porque, en nuestro abismo y en nuestras dificultades, no somos abandonados.

Señor Jesús, que extendiste los brazos en la cruz.

R/. Danos la paz.

Tú que para salvarnos a nosotros no te salvaste a ti mismo.

R/. Danos la paz.

Tú que perdonaste a tus verdugos.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que con los brazos abiertos en cruz abrazas a quien está solo y abandonado, te suplicamos que concedas a las familias que sufren la pérdida de sus padres sentirte presente en su dolor, y a todos nosotros saber llorar con el que llora.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

XI estación

Jesús promete el Reino al buen ladrón

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Uno de los malhechores le dijo: «¡Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino!». Jesús le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lc 23,33.42-43)

Meditación

Recién ahora sonreímos recordando todas las expectativas que habíamos puesto en nuestro hijo. Lo criamos para que fuera feliz, para que se realizara, para que siguiera las huellas del abuelo. Sí, tal vez hubiéramos querido para él una vida diferente. Una familia, un trabajo, unos hijos, unos nietos. En resumen, la “normalidad”. Ya habíamos vivido su vida en su lugar. Y, en cambio, llegaste Tú y trastocaste todo. Destruiste nuestros sueños por algo más grande. Hiciste que su vida no siguiera la lógica del “siempre se hizo así” y lo llamaste para que estuviera contigo. Pero, ¿cómo? ¿Por qué precisamente él? ¿Por qué justo nuestro hijo? Al principio no lo tomamos bien, lo combatimos, lo abandonamos. Creímos que nuestra frialdad lo habría hecho volver sobre sus pasos. Como dos malhechores, intentamos sembrar en su cabeza la duda de que se estuviera equivocando totalmente. Pero comprendimos que no se puede luchar contra Ti. Nosotros somos un vaso y Tú eres el mar. Nosotros somos una chispa y Tú eres el fuego. Y entonces, como el buen ladrón, también nosotros te pedimos que te acuerdes de nosotros cuando entres en tu Reino.

Señor Jesús, que moriste como un malhechor.

R/. Danos la paz.

Tú que transformaste la cruz en un trono real.

R/. Danos la paz.

Tú que nos abriste las puertas del paraíso perdido.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que nos has revelado los misterios de tu Reino, donde el más grande es aquel que sirve, te suplicamos que guíes a los padres para que acompañen la vocación de sus hijos y a nosotros concédenos ser fieles discípulos tuyos.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

XII estación

Jesús entrega la Madre al discípulo amado

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y a su lado al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!». Luego dijo al discípulo: «¡Ahí tienes a tu madre!». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. (Jn 19,25-27)

Meditación

En casa éramos cinco: nuestros tres hijos, mi marido y yo. Hace cinco años la vida se complicó. Un diagnóstico difícil de aceptar, una enfermedad oncológica escrita a cada momento en el rostro de la hija más pequeña. Una enfermedad que, aunque nunca apagó su sonrisa, hizo que el rechinar de la injusticia que vivíamos fuera aún más doloroso. A pesar de las “burlas” con las que el dolor parecía que ya nos había envuelto, después de sólo seis años de matrimonio mi marido nos dejó por una muerte imprevista, poniéndonos en un camino de soledad desgarrador, durante el cual acompañamos a la pequeña de casa a su último adiós. Ya pasaron cinco años desde el comienzo de esta aventura que no hemos comprendido en absoluto racionalmente, pero la certeza es que el Señor siempre ha estado en esta gran cruz y lo sigue estando todavía hoy. “Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama”: esto nos dijo un día una religiosa, y estas palabras nos han cambiado la perspectiva de vida de los últimos años. La mentira más grande con la que hemos combatido es la de ya no ser una familia. No conozco otro modo para responder a mi corazón y a mi dolor en la carne, sino confiándome al Señor que vive este tramo de vida terrena conmigo. Muchas veces, en las sesiones de quimioterapia de mi hija, me sentí como María al pie de la cruz; y es esa experiencia la que hoy me hace sentir —aunque sólo sea por un poquito— madre de mi Señor.

Señor Jesús, que conociste la agonía de los afectos.

R/. Danos la paz.

Tú que no diste a la muerte la última palabra.

R/. Danos la paz.

Tú que nos entregaste a tu misma Madre como última voluntad.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que antes de expirar quisiste entregarnos a tu Madre y confiarnos a sus cuidados, te suplicamos que concedas a las familias marcadas por la muerte de un hijo custodiar la gracia recibida con el don de su vida y a todos nosotros, consolados por el Espíritu, aceptar tu última voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

XIII estación

Jesús muere en la cruz

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

A las tres de la tarde, Jesús gritó con fuerza: «¡Eloí, Eloí!, ¿lemá sabajtani?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Uno de ellos fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola en una caña, le daba de beber diciendo: «¡Déjenlo! A ver si viene Elías a descolgarlo». Entonces Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. (Mc 15,34.36-37)

Meditación

La muerte está en torno y la vida parece perder valor. Todo cambia en pocos segundos. La existencia, los días, la despreocupación de la nieve en invierno, ir a buscar a los niños a la escuela, el trabajo, los abrazos, las amistades, todo. Todo pierde improvisamente valor. Señor, ¿dónde estás? ¿Dónde te escondiste? Queremos la vida de antes. ¿Por qué todo esto? ¿Qué culpa cometimos? ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué has abandonado a nuestros pueblos? ¿Por qué has dividido de este modo a nuestras familias? ¿Por qué ya no tenemos ganas de soñar ni de vivir? ¿Por qué nuestras tierras se han vuelto tenebrosas como el Gólgota? Se nos acabaron las lágrimas. La rabia ha cedido a la resignación. Sabemos que Tú nos amas, Señor, pero no percibimos este amor, lo que nos hace enloquecer. Nos despertamos en la mañana y por algunos segundos somos feliz, pero luego nos acordamos inmediatamente de que será difícil reconciliarnos. Señor, ¿dónde estás? Háblanos desde el silencio de la muerte y de la división, y enséñanos a reconciliarnos, a ser hermanos y hermanas, a reconstruir lo que las bombas habrían querido aniquilar.

Señor Jesús, que nos amaste hasta el fin.

R/. Danos la paz.

Tú que muriendo destruiste la muerte.

R/. Danos la paz.

Tú que exhalando el último respiro nos has dado la vida.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que de tu costado traspasado hiciste brotar la reconciliación para todos, te suplicamos que concedas a las familias destruidas por lágrimas y sangre creer en la fuerza del perdón y a todos nosotros construir paz y concordia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

XIV estación

El cuerpo de Jesús es puesto en el sepulcro

V/.Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/.Porque por tu santa cruz redimiste al mundo y a mí pecador, amén.

José tomó el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en el sepulcro nuevo que él había excavado en la roca. Después hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro y se fue. María Magdalena y la otra María se quedaron allí, sentadas delante del sepulcro. (Mt 27,59-61)

Meditación

Ya estamos aquí. Hemos muerto a nuestro pasado. Hubiéramos querido vivir en nuestra tierra, pero la guerra nos lo ha impedido. Es difícil para una familia tener que elegir entre sus sueños y la libertad. Entre los anhelos y la supervivencia. Estamos aquí después de viajes en los que hemos visto morir mujeres y niños, amigos, hermanos y hermanas. Estamos aquí, supervivientes. Nosotros, que en nuestra casa éramos importantes, aquí somos percibidos como una carga, como números, categorías, simplificaciones. Sin embargo, somos mucho más que inmigrantes. Somos personas. Hemos viajado hasta aquí por nuestros hijos. Morimos cada día por ellos, para que puedan tener una vida normal, sin bombas, sin sangre, sin persecuciones. Somos católicos, pero también esto a veces parece que pasa a un segundo plano respecto al hecho de que somos migrantes. Si no nos resignamos es porque sabemos que la enorme piedra sobre la puerta del sepulcro un día será removida.

Señor Jesús, que fuiste bajado del madero de la cruz por manos amigas.

R/. Danos la paz.

Tú que fuiste sepultado en la tumba nueva de José de Arimatea.

R/. Danos la paz.

Tú que no conociste la corrupción del sepulcro.

R/. Danos la paz.

Todos: Padre nuestro...

Señor Jesús, que descendiste a los infiernos para liberar a Adán y Eva con sus hijos de la antigua esclavitud, te suplicamos por las familias de los migrantes, sácalos del aislamiento que destruye y a todos nosotros concédenos reconocerte en cada persona como nuestro amado hermano y hermana.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Oración final

Padre misericordioso, que haces salir el sol sobre buenos y malos, no abandones la obra de tus manos, por la que no dudaste en entregar a tu único Hijo, que nació de la Virgen, fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió y fue sepultado en las entrañas de la tierra, resucitó de entre los muertos al tercer día, se apareció a María Magdalena, a Pedro, a los demás apóstoles y discípulos, y siempre está vivo en la santa Iglesia, que es su Cuerpo viviente en el mundo.

Mantén encendida en nuestras familias la lámpara del Evangelio, que ilumina alegrías y dolores, cansancios y esperanzas; que cada casa refleje el rostro de la Iglesia, cuya ley suprema es el amor.

Por la efusión de tu Espíritu, ayúdanos a despojarnos del hombre viejo, corrompido por pasiones engañosas, y revístenos del hombre nuevo, creado según la justicia y la santidad.

Tómanos de la mano, como un Padre, para que no nos alejemos de Ti; convierte nuestros corazones rebeldes a tu corazón, para que aprendamos a seguir proyectos de paz; haz que los adversarios se den la mano, para que gusten del perdón recíproco; desarma la mano alzada del hermano contra el hermano, para que donde haya odio florezca la concordia.

Haz que no nos comportemos como enemigos de la cruz de Cristo, para que participemos en la gloria de su resurrección.

Él, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Si siempre leemos o escuchamos con atención las últimas palabras pronunciadas por alguien que ha sido condenado a muerte, ¿no deberían resultarnos especialmente significativas, como cristianos, las últimas palabras pronunciadas por Jesús, muerto por nosotros a pesar de su inocencia? Sus últimas frases pronunciadas desde la cátedra de la cruz, además de recoger lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento, nos invitan a imitar su comportamiento y a actualizar nuestro compromiso, para que su proceso y asesinato no se siga repitiendo hoy en tantos justos que continúan siendo injustamente ajusticiados.

Las siete palabras que Nuestro Señor pronunció desde la cruz no fueron respuestas específicas a específicas preguntas, mas revelaron lecciones aplicables a cada interrogación". Aquellos textos del famoso obispo de la televisión Fulton J. Sheen retornan ahora no solo en libros de piedad, sino en numerosos estudios académicos. Interesa el autor, pero importa también su enseñanza sobre las siete palabras de Jesús en la cruz. Hace unos años leí unas declaraciones que denuncian la frivolidad con la que tratamos el acontecimiento trágico que fue el proceso de Jesús, su condena a muerte y su crucifixión: "La pasión de Jesucristo es bastante fuerte. Nos hemos acostumbrado a ver crucifijos bonitos colgados de la pared, y decimos: Jesús fue azotado, llevó su cruz a cuestas y le clavaron a un madero, pero ¿quién se detiene a pensar lo que estas palabras significan realmente? En mi niñez, no me daba cuenta de lo que esto implicaba. No comprendía lo duro que era. El profundo horror de lo que Él sufrió por nuestra redención realmente no me impactaba. Entender lo que sufrió, incluso a un nivel humano, me hace sentir no solo compasión, sino también me hace sentir en deuda: yo quiero compensarle por la inmensidad de su sacrificio". Pues bien, estas palabras no han sido pronunciadas por un obispo ni por una monja. Son de un personaje tan conocido como Mel Gibson. ¿Cómo no estar de acuerdo con él? Nos inquieta siempre la crónica de la ejecución de un violador o un asesino condenado a morir en la silla eléctrica. Nos subleva la noticia del fusilamiento de unas personas que trataban de escapar de su propio país. Pero no nos inquieta la ejecución en la cruz de un Justo, injustamente ajusticiado. Leemos con atención y curiosidad la última entrevista que un reportero ha logrado hacer a un condenado a muerte convicto de un crimen. Nos parece que sus palabras resumen el sentido de su vida y, con frecuencia, nos ofrecen las claves de sus decisiones más conflictivas. Pues bien, deberían resultarnos significativas las últimas palabras de Jesús, un condenado a muerte a pesar de su inocencia. Aquellas siete palabras, pronunciadas desde la cátedra de la cruz, son su definitiva lección magistral. En ellas se decía a sí mismo, se explicaba a sí mismo, recogía lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento.

- 1 • Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: **“Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”**. (Lc 23, 34)

A los que, a pesar de nuestra tibieza o nuestros pecados, hemos tratado de seguir a Jesús durante su vida no nos extrañará demasiado esta primera palabra pronunciada por el Maestro desde su cátedra. Refleja su bien demostrada capacidad de perdón. Es esta una palabra que debió de ser pronunciada varias veces por Jesús, a juzgar por la expresión empleada por Lucas (élegen: decía). En esta frase, hemos de considerar, al menos, tres puntos fundamentales.

a. En primer lugar, esa primera palabra de Jesús constituye, en realidad, una petición al Padre. Y una petición que parece bien empleada, puesto que había sido condenado precisamente por haberse presentado como hijo de Dios. Como se ve, ni en la cruz olvidaba su pretensión y seguía considerando a Dios como su Padre.

b. Por otra parte, la primera palabra de Jesús nos revela bien a las claras la misericordia de Cristo. Como se ve, no hace más que llevar a la práctica lo que pidió a los suyos: perdonar a los que nos hacen mal.

c. Pero la primera palabra incluye, además, una motivación que resulta sorprendente: “No saben lo que hacen”. ¿A quién se refería con esa especie de disculpa? Es cierto que los soldados romanos, procedentes con frecuencia de las provincias más alejadas del Imperio, no sabían bien lo que hacían, pero los dirigentes del pueblo sí que parecían saberlo. Con todo, Jesús ofrecía una comprensión universal que venía a disculpar el drama tremendo de su propia muerte. Su misericordia cubría como un manto de piedad, las malas intenciones, los resentimientos, las acusaciones viles de que había sido objeto. San Pablo se coloca en la misma perspectiva de comprensión y perdón cuando dice que si lo hubiesen conocido, nunca habrían crucificado a Jesús (1 Cor 2, 8). Pero la fe cristiana amplía todavía más el horizonte. Y afirma que Jesús, en la cruz, no solo pide la misericordia de Dios para aquellos que lo condenaban en aquel momento único e irrepetible de la historia. En realidad, Él pide perdón para todos los hombres. En 1926 decía san Pedro Poveda que en esta palabra “sintetizó Cristo su inmenso amor a los hombres”, así como la exigencia de amar a los enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian (Mt 5, 44)³. “Padre, perdónales”. La oración de Jesús, recogida en la primera palabra, se convierte en modélica para todos los que creemos en él y le seguimos. No nos extraña que esa petición, tan llena de misericordia, no sea comprendida ni adoptada por los que no creen en él. Pero para los seguidores del Maestro esa comprensión universal es la principal clave de discernimiento e identificación. Por nuestra aceptación o indiferencia ante esta palabra se podrá deducir nuestra fidelidad al Evangelio. Seremos cristianos cuando aprendamos a poner amor donde había indiferencia y a poner perdón donde había habido ofensa.

- 2 • Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!”. Pero el otro le respondió diciendo: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la

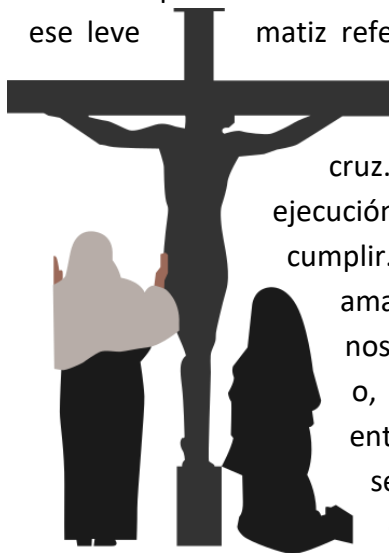
misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, este nada malo ha hecho”. Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”. Jesús le dijo: **“Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”**. (Lc 23, 43)

Según el derecho judío, no podían ser ejecutadas dos personas en el mismo día (Sanhedrin, VI, 4). Sin embargo, en este caso aquí la justicia es la romana. Y en el uso romano eran frecuentes las ejecuciones plurales y colectivas. Unas veces se trataba de ahorrar esfuerzos. Y en otras ocasiones se pretendía aumentar la dramaticidad del acontecimiento para que sirviera de escarmiento a grupos de alborotadores sociales o a pueblos especialmente levantiscos. Los crucificados junto a Jesús eran, al parecer, malhechores o salteadores a mano armada. Seguramente con ellos podría haber sido también condenado Barrabás –“el hijo de su padre”– si no se hubiera convertido de golpe en el primer “redimido” por la muerte de Jesús, el “Hijo del Padre” celestial. Los evangelios de Mateo y de Marcos dicen que a Jesús lo injuriaban los que habían sido crucificados con Él. Su argumentación no podía ser más elemental: si era el Mesías, que bajase de la cruz y los bajase también a ellos con Él. Uno de los condenados, sin embargo, reprende a su compañero. Reconoce la justicia de su condena y la injusticia de la condena de Jesús. Tras la reprensión al que había acompañado en vida como malhechor, brota de sus labios la imploración al que ha descubierto a la hora de la muerte como bienhechor: – “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. El condenado oraba desde la cultura y la espiritualidad del Antiguo Testamento. No le pide que se acuerde de él cuando llegue a su reino, sino cuando venga con poder. Imaginaba que el Mesías, al que parece reconocer en Jesús, habría de venir a establecer el reino en el momento escatológico. Y ese momento debía de coincidir con la resurrección de los muertos. – “Hoy estarás conmigo”. La súplica fue acogida, pero en un sentido un poco diferente al que pretendía el suplicante. Jesús le responde desde la nueva realidad inaugurada por su vida y su misión. El Reino de Dios ha llegado ya con Él. Y con Él se ha revelado la compasión de Dios. La respuesta rezuma misericordia. Pero es, antes que nada, una revelación cristológica. Al contestar de esta forma a la petición del malhechor, Jesús nos revela que dispone de la suerte eterna de un hombre. No es solo un profeta. Dispone del poder de Dios. La última parte de la frase es significativa. El condenado estará con Jesús en el “paraíso”. “Estar con” Jesús es vivir la realización del nombre que le había sido impuesto por el ángel antes de su nacimiento. Él había de ser el Emmanuel, es decir, el “Dios con nosotros”. Y, de pronto, ese “nosotros” quedaba resumido en la persona de un malhechor que imploraba el recuerdo del Mesías. Jesús le prometía su cercanía en el “paraíso”. Es esa una palabra que evoca añoranzas primordiales y anuncia la posibilidad de la realización plena de la existencia. El paraíso es entendido, en la memoria colectiva de la humanidad, como el lugar y la situación de la armonía integral. Pero Jesús no identifica el cielo con el paraíso primordial ni este con un lugar concreto. Su promesa se refiere, más bien, a la participación en la felicidad y la gloria de Cristo (cf. Flp 1,23). El paraíso es

Él. ¿Qué significa para nosotros esta segunda palabra de Jesús? Al menos, nos recuerda que los seguidores del Señor no vamos por la vida aferrados a la nostalgia de un pasado. Tampoco nos vemos a nosotros mismos identificados en razón de una esperanza enganchada –como un ancla– en las riberas de una playa utópica. No anhelamos un lugar. Esperamos un encuentro. Un reencuentro. No aguardamos algo, esperamos a Alguien. Solo su cercanía y su amor puede calmar nuestro anhelo.

• 3 • Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien amaba, dice a su madre: **“Mujer, ahí tienes a tu hijo”**. Luego dice al discípulo: **“Ahí tienes a tu madre”**. “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”. (Jn 19, 26-27)

Según el evangelio de Marcos, un grupo de piadosas mujeres estaban mirando la crucifixión de Jesús desde lejos (Mc 15,40). Según el evangelio de Juan, María –con este grupo de mujeres entre las que se cuenta María Magdalena– está “de pie junto a la cruz” (Jn 19, 25). Es importante ese leve matiz referido a la distancia. Es como si, después de la crucifixión, hubiera transcurrido ya un cierto tiempo y, ante la cercanía de la muerte de Jesús, se hubiera permitido a sus seguidores acercarse hasta la cruz. Nada podían hacer ya por él y nada podían hacer para impedir la ejecución de la condena. Pero Jesús parecía tener todavía un encargo que cumplir. Deseaba confiar a su Madre, María, a la custodia del discípulo amado y encargar a este la atención hacia su madre. El texto evangélico nos dice que, desde aquel momento, el discípulo “la acogió en su casa” o, mejor, que la recibió como propia. ¿Qué diferencia puede haber entre ambas traducciones? La primera interpretación, se detiene en el sentido literal de la expresión, que parece indicar la solicitud temporal que el discípulo y María habrán de prestarse mutuamente. El discípulo la recibió en su casa. Ese es el significado que atribuyeron a esas palabras de Jesús los antiguos Padres de la Iglesia, como san Juan Crisóstomo⁴, san Cirilo de Alejandría⁵ y san Agustín⁶. Sin embargo, andando el tiempo, la tradición cristiana ha venido atribuyendo un sentido espiritual a estas palabras de Jesús. El discípulo habría acogido a María como suya. El papa Pío XII afirma que “en la persona del discípulo predilecto confiaba Cristo toda la cristiandad a la Santísima Virgen”⁷. El Concilio Vaticano II dedica una atención especial a esta presencia de María en el Calvario, cuando dice: “Así también la Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. Jn., 19, 25), se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la



inmolación de la víctima engendrada por Ella misma, y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús, moribundo en la Cruz con estas palabras: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” (Jn 19, 26-27)⁸ . Durante la celebración del Concilio, el papa Pablo VI dedicó a María el hermoso título de Madre de la Iglesia⁹ . Esta tercera palabra de Jesús desde la cruz nos lleva a contemplar el misterio de la Iglesia, heredera de la ternura de María y de la fidelidad de los discípulos de la primera hora. Nos lleva también a recordar nuestra deuda de amor a la Iglesia, nuestra Madre, testigo del martirio injusto de Jesús. También ella es injustamente maltratada y calumniada en todas las épocas de la historia y en cualquier ocasión en que una persona necesita un chivo expiatorio para hacerse perdonar su arrogancia o su pecado.

• 4 • Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: **“¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?”**, esto es: **“¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”**. Al oírlo algunos de los que estaban allí decían: “A Elías llama este”. Y enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber. Pero los otros dijeron: “Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle”.

(Mt 27, 46-49; Mc 15, 34-37) La cuarta palabra de Jesús nos resulta a primera vista un tanto escandalosa. ¿Cómo es posible que de la boca de Jesús haya salido una imprecación como esta? Ahora bien, si prestamos una atención más cercana y cordial a los sentimientos de Jesús, nos daremos cuenta de que esta exclamación nos recuerda la oración de la víspera en el Huerto de los Olivos. De hecho, refleja el mismo dolor agónico que Jesús había experimentado en Getsemaní y la misma confianza con la que entonces había aceptado la voluntad del Padre. Al oír estas palabras, algunos de los presentes piensan que Jesús está llamando a Elías para que acuda a salvarle (v. 49) y a presentarle finalmente a Israel como Mesías. Así lo imaginaba el pueblo. Según el segundo libro de los Reyes, Elías había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego (2 Re, 2,11). El libro del Eclesiástico comentaba aquella desaparición del profeta, afirmando que había sido designado “para hacer volver el corazón de los padres a los hijos y restablecer las tribus de Jacob” (Eclo 48,10). Eran muchos los judíos que esperaban su aparición para presentar al Mesías. De hecho, lo habían identificado con Juan el Bautista y con el mismo Jesús (cf. Mt 16, 14; 12, 12). En este momento, Jesús bien podía llamar en su auxilio al que había de ser su protector. Evidentemente, esa interpretación solo podían darla los espectadores judíos. Tan solo ellos pudieron explicarla a los soldados romanos. Así pues, uno de los guardias toma una esponja y la amarra a una caña, es decir, a la típica jabalina romana (pilum). A continuación la empapa en vinagre. Se trata sin duda de la poska, o bebida refrescante a base de agua, vinagre y a veces huevos batidos que suelen llevar los soldados romanos en campaña. El soldado acerca aquel refresco hasta los labios. Pero, según el evangelio de Juan, Jesús renunció a ese alivio refrescante (Jn 19, 29). Tanto como el resultado del lamento de Jesús importa conocer su sentido exacto.

Jesús no llamaba a Elías. Él mismo se había encargado de desmentir la veracidad de las expectativas populares. Con aquellas palabras, Jesús estaba iniciando la recitación de un salmo que recogía los sentimientos de un justo atribulado (Sal 22,2). Aquella oración comenzaba con un tono desgarrado: “Dios mío, de día te grito y no respondes; de noche y no me haces caso... Yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: ‘Acudió al Señor, que lo ponga a salvo, que lo libre, si tanto lo quiere’”. Los textos evangélicos han visto en estas primeras estrofas del salmo un anticipo y reflejo de la situación dolorosa por la que estaba pasando Jesús en la cruz. Pero el texto del salmo no se detenía ahí. Tras esa descripción de su dolor, el orante invoca confiado al Señor, repitiendo más de una vez: “Pero tú, Señor no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme”. La antigua plegaria colocaba al orante en un tercer momento. Suponía que, efectivamente, Dios acudía a socorrer al que lo invocaba, porque el salmista incluye en su canto una invitación vibrante a toda la asamblea: “Fieles del Señor, alabadlo... porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro: cuando pidió auxilio le escuchó”. Ese itinerario-existencia era también el que estaba recorriendo Jesús. Su oración no era un grito de desesperanza, sino una súplica confiada en el Dios que escucha a los que lo invocan. Ciertamente, el Padre celestial habría de escuchar la petición de auxilio que le dirige Jesús. Pero la escucharía en un modo que resulta difícil de imaginar para todos los demás, excepto para Él mismo, que ha anunciado varias veces su resurrección. Esta cuarta palabra de Jesús, lejos de escandalizarnos, habría de interpelarnos profundamente sobre la calidad de nuestra oración. Ni el cristiano individual ni la Iglesia entera pueden convertir la plegaria en un ejercicio de frivolidad o en un puro momento estético. El orante pone en juego toda su existencia y toda su fe. Orar es reconocer la propia situación. Pero es, sobre todo, atreverse a medirla con las medidas propias de Dios.

• 5 • **Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: “Tengo sed”.**

(Jn 19, 28) Jesús pertenecía a un pueblo que había experimentado la sed en la larga travesía del desierto y había gozado de la providencia del Dios que lo guiaba y hacía brotar manantiales a su paso. Ahora la padecía él. Era la suya una sed física, producida por la serie de tormentos que se habían ido sucediendo desde su agónica vigilia en Getsemaní. Pero la sed, como el hambre, es una de las metáforas privilegiadas para reflejar los más profundos anhelos del espíritu. Junto a ese tormento físico, sentía Jesús una sed muy humana de comprensión y ayuda, que se encuentra evocada en el salmo que refleja el itinerario de su propia pasión: “En mi sed me dieron a beber vinagre” (Sal 69, 22). Estamos acostumbrados a pensar que lo que Jesús experimentaba era, sobre todo, una ardiente sed espiritual. Un día, sentado junto al pozo de Jacob, había pedido de beber a una mujer de Samaría (cf. Jn 4,7). Sin duda, sentía necesidad de agua y bebería con gusto de aquel manantial. Pero el contexto de aquel largo coloquio con la Samaritana indica que

se sentía impulsado por una sed espiritual que le hacía olvidarse de la comida con tal de cumplir la voluntad del Padre que lo había enviado. Una interpretación apostólica nos lleva con frecuencia a decir que Jesús tenía sed de almas. Así lo comentaba san Pedro Poveda: “Jesús padeció sed ardiente, mas no interpretemos que era de líquido refrigerante, cuando dijo sitio; su sed era de otra naturaleza infinitamente más elevada; sintió sed de almas, el amor a estas le puso en la cruz”¹⁰. Pero la tradición de su pueblo subrayaba con igual fuerza la sed de Dios que empuja a la persona: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 42, 2-3). Tal vez se haya olvidado la influencia que sobre esa palabra de Jesús haya podido ejercer este hermoso salmo. En él se recoge el lamento de un levita desterrado que añora los días pasados en el santuario e implora la protección del Dios que ha de hacerle justicia frente a sus perseguidores. Los versos finales sitúan sus quejidos en el panorama de la más confiada esperanza: “¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: ‘Salud de mi rostro, Dios mío’” (Sal 42, 12). Al recordar esta quinta palabra de Jesús, tenemos presentes las necesidades más elementales de la humanidad: de cuatro quintas partes de la humanidad que carecen de lo más elemental para vivir una vida digna. Pero no podemos olvidar que los pobres existen hoy porque han sido despojados de sus bienes. Los alimentos y el agua se han convertido en materias preciosas, arrebatadas por los hartos y los satisfechos. Esta palabra de Jesús es una acusación para nuestra glotonería y nuestra intemperancia. Y, por supuesto, es una interpelación para nuestra tibieza y nuestra poltronería ante el clamor de los que buscan un sentido para su existencia y, tal vez sin sospecharlo, andan buscando a Dios con más ansiedad que los que creen haberlo descubierto.

- 6 • **Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”.**

(Jn 19, 30) Los evangelistas habían presentado la vida de Jesús como el cumplimiento de las antiguas profecías. Sobre todo, el evangelio de Mateo va engarzando su relato de la infancia de Jesús sobre la memoria de las figuras antiguas y de los oráculos proféticos. Recordamos que, después de referir el anuncio del ángel a José de Nazaret, el evangelista añade, por su cuenta: “Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: “Dios con nosotros” (Mt 1, 22-23). Jesús mismo ofrecía como prueba de la autenticidad de su mesianismo el cumplimiento de aquellas promesas. A los discípulos que Juan Bautista le envía desde la mazmorra para preguntarle si es el esperado por su pueblo, contesta Jesús aludiendo a las antiguas profecías: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!” (Mt 11, 5-6). Jesús no solo ofrecía un cumplimiento a las esperanzas de su pueblo. Él era el cumplimiento. Todo apuntaba a Él. Y todo quedaba recapitulado en Él: la búsqueda de la santidad y el clamor por la

justicia; el anhelo de Dios y la promoción de la fraternidad. Ahora, en la cruz, Jesús proclama que todo se ha cumplido. No solo ha terminado la representación de su drama personal. No es que haya llegado al final el guión de su ejecución. No solo se han cumplido las profecías. Es que Jesús ha cumplido la voluntad del Padre. Para eso había venido, como Él había dicho. Su comida era hacer la voluntad del Padre, como había dicho a sus discípulos en aquel mediodía en Sicar, junto al pozo de Jacob (Jn 4, 34). No buscaba su voluntad, sino la de Aquel que lo había enviado (Jn 5,30; 6, 38-39). “Todo se ha cumplido”. Esa palabra de Jesús nos interpela a todos los que repetimos cada día en la oración dominical: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. No es sincera nuestra plegaria si, al mismo tiempo, tratamos de organizar nuestra vida y la de la sociedad en contradicción con la voluntad que Dios nos ha manifestado a través de la misma naturaleza, por medio de profetas que nos son enviados a lo largo de los siglos y, por último, en la persona y el mensaje de su hijo Jesús. No podemos blasfemar contra Dios cuando el mundo se encanalla y corre la sangre, como si Dios fuera el culpable de que nosotros hayamos ignorado, burlado y despreciado su voluntad. Decimos “todo se ha cumplido”, pero nos referimos a nuestros propósitos de venganza o a nuestros planes de diversión y frivolidad. Pero lo decimos con la mueca de cadáveres ambulantes. “Todo se ha cumplido”. Esa palabra de nuestra autonomía altanera revela la raíz de nuestra infelicidad y nuestra náusea. No hemos aprendido a pronunciarlo teniendo ante la vista el proyecto de un Dios que no solo no es enemigo de la causa humana, sino que la promueve, la ama y la realiza.

• 7 • Jesús, dando un fuerte grito, dijo **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”**. Y dicho esto, expiró. (Lc 23, 46)

Para referirse a este momento culminante de la vida de Jesús, los evangelios evitan cuidadosamente mencionar las palabras “muerte” o “morir”, que han utilizado en otras ocasiones (cf. Mt 22, 24-27). El lenguaje empleado parece escogido con toda intención. Jesús no muere, sino que “depone” o entrega su espíritu. El espíritu es aquí un semitismo para expresar la “vida” que entrega en las “manos” del Padre. Pero también esa expresión refleja el estilo semítico que traduce por “manos” la voluntad de su Padre, de la que ha vivido pendiente Jesús. De nuevo, el evangelio de Lucas, el evangelio de la gracia y la oración, coloca en la boca de Jesús la antigua súplica de un salmo de su pueblo: *“A ti, Señor me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú que eres justo, ponme a salvo, inclina tu oído hacia mí; ven aprisa a liberarme, sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame: sálvame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo. A tus manos encomiendo mi espíritu: Tú, el Dios leal, me librarás”* (Sal 31,1-6). Dios es fiel y leal, mantiene su promesa y su alianza, a pesar del olvido y los pecados de los hombres. He ahí una de las convicciones más fuertes en la teología de los profetas de Israel (cf. Is 55, 3; Jer 31, 31; Ez 34, 25). Jesús la ha hecho suya. Ha anunciado la fidelidad de Dios. Y ha vivido esa convicción. Ante la

experiencia del abandono de todos, incluidos sus discípulos más cercanos, Jesús confía en Dios, el Dios leal. El tribunal religioso de su pueblo lo ha condenado por blasfemo. El tribunal político del imperio de Roma lo ha condenado por sedicioso. Unos han gritado que su mensaje no lleva a Dios. Los otros han sugerido que su mensaje no favorece la paz social y la convivencia humana. Privado de todo apoyo, Jesús apela al que siempre ha sido y es su baluarte y su amparo. Su oración final es un acto de confianza en Dios y una denuncia de los falsos apoyos humanos. Su resurrección de entre los muertos será la respuesta del Dios al que ha apelado en su oración. Pero su oración final es, además, el signo de una libertad que siempre ha guiado sus pasos. Hasta sus mismos enemigos hubieron de reconocer que vivía en la verdad y la proclamaba, sin miedos ni reticencias (Mc 12, 14). Jesús había sido libre día a día. Y mantiene en alto su libertad hasta su muerte. Cristo muere libremente (cf. Jn 10, 17-18) y entrega su vida con plena conciencia de su misión. El libro de los Hechos de los Apóstoles recordará esta oración postrera de Jesús. Lapidado por las gentes de su pueblo, Esteban, seguidor del Señor crucificado, muere como él fuera de las murallas de Jerusalén. Y de sus labios se desprenden las mismas oraciones de su Maestro, significativamente cambiadas: “Señor Jesús, recibe mi espíritu... Señor, no les tengas en cuenta este pecado” (Hech 7, 59-60). He ahí las claves para la oración cristiana. El discípulo ya no solo ora como su Maestro: ora a su Maestro, aceptado y confesado ya como Señor y Redentor. El perdón a los enemigos, la confianza en el Padre celestial, la aceptación de su voluntad y la entrega de la propia vida en un acto de homenaje agradecido por el don recibido en gratuidad. Ese es el estilo de la vida y de la muerte del cristiano. Y ese es su mensaje, casi siempre silencioso y, a veces, pregonado con el gesto martirial de la coherencia a toda costa. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Esa es nuestra oración en la vida y en la muerte. Y nuestra protesta frente a todos los que, sin ser el Padre celestial, se empeñan en arrebatar la vida a los hijos amados del Padre, unas veces con violencia y, otras, con la excusa de pretendidas compasiones que esconden y encubren el miedo y la comodidad ante el drama de la muerte ajena.

CONCLUSIÓN

Jesús había distribuido por los caminos de Galilea y en los atrios del Templo los dones que había recibido. El don de su palabra y el don de su cuerpo y de su sangre. Pero su tesoro era inagotable. Desde lo alto de la cruz tenía aún que entregar a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares siete dones como siete estrellas: el don del perdón gratuito y el del paraíso recobrado; el don de la madre para los hermanos dispersados por el miedo y el de la confianza en el Padre bienamado; el don de la sed de los comienzos y el de la esperanza ya cumplida, el don finalmente de su propia entrega, tan libre y voluntaria, tan sentida y generosa¹¹. Comenzaban estas reflexiones evocando las declaraciones de un conocido artista. Pueden terminar recordando una advertencia de otro actor como Jim Caviezel: “Si estás buscando una vida fácil, entonces lo tuyo no es la fe católica. Por lo menos haz una opción. Si la vía católica no es para ti, entonces haz otra cosa. Pero si vas a decir que eres católico, vívelo. Vive tu vida. Eso es

lo que necesitamos. Necesitamos guerreros. Necesitamos santos en la tierra ahora. Los necesitamos urgentemente. Necesitamos personas que le den la espalda al pecado”¹². Como se ve, también en el mundo del espectáculo hay todavía personas que no se dejan llevar por las apetencias de la masa y reclaman una vida ejemplar de los que se dicen seguidores de una persona ejemplar como Jesús. Ante la cruz, nosotros hemos escuchado las últimas palabras de una persona amada. ¿Qué hemos de hacer de ellas? a. Prestarles acogida en nuestro corazón. Recordarlas y meditarlas. Hagamos anamnesia para no caer en la amnesia de que hacemos gala habitualmente. b. Hacer nuestros aquellos sentimientos que embargaban al Justo en los últimos momentos de su vida mortal. Estamos llamados a imitar a Jesucristo. c. Luchar para que su proceso y asesinato no se reproduzcan en el mundo en el que vivimos. No podemos permitir que los justos sean injustamente ajusticiados. Que las últimas palabras del Señor nos ayuden a recordar aquel pasado y a acordar entre todos un futuro impregnado por aquellos sentimientos.

PREPARAR EL VIERNES SANTO

1. EL SENTIDO DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

Hoy es, propiamente, el principio de la celebración de la Pascua. Pascua significa paso, el paso de la muerte a la vida. Por ello, la celebración de hoy no puede centrarse simplemente en el dolor y en la compasión por la muerte y los sufrimientos (celebramos con ornamentos rojos de testimonio, no negros de funeral). Ni puede ser tampoco una celebración en la que, por querer valorar la resurrección, se escamotease la realidad de la muerte de Cristo, una muerte real, dolorosa, trágica, no un simple accidente o un expediente de trámite.

Lograr el tono conveniente para este día -"viernes santo de la pasión del Señor"- no es fácil. Y tampoco es fácil ofrecer soluciones, por cuanto las circunstancias son muy variadas: desde la ciudad desierta, pasando por los lugares en los que la atención está monopolizada por las procesiones, hasta los pueblos que se conviertan en receptores de ciudadanos en vacaciones de primavera... Pero en todo caso, en cada una de esas situaciones distintas, se trata de esforzarse por crear una celebración que tenga tono de verdad y autenticidad, tono de presencia cautivada y agradecida el pie de la cruz, tono de comunión con la humanidad entera que, de cerca o de lejos, sabiéndolo o no, está también aquí, ante la cruz del Señor.

La Pasión de san Juan es la pasión que describe la obra del sexto día: la formación del hombre nuevo, a través de los sufrimientos del Hombre: "¡Ecce homo!" (/Jn/19/05). JC es el Hombre, el hombre definitivamente realizado, porque ha vivido totalmente lo que hace que los hombres seamos verdaderamente hombres: el Amor, es decir, la vida de Dios. Cuando JC se da cuenta de que todo lo que decía la Escritura se ha realizado (el nuevo pueblo de Dios está iniciado en las personas de María y el discípulo) sólo le queda proclamar la continuación de esta obra "entregando el

ORACIÓN.

Tú, que con la Pasión de Cristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, nos libraste de la muerte, que heredamos todos a consecuencia del primer pecado, concédenos, Señor, a cuantos por nacimiento somos pecadores, asemejarnos plenamente, por su gracia, a Jesucristo, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. R/ AMÉN

LAS LECTURAS

Las dos primeras lecturas y el salmo responsorial constituyen prácticamente textos paralelos. Los tres contienen la descripción del misterio de la muerte gloriosa: "El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años: lo que el Señor quiere prosperará por sus manos" (primera lectura). "A tus manos encomiendo mi espíritu... Haz brillar tu rostro sobre tu siervo..." (salmo). "Experimentó la obediencia, y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen" (segunda lectura).

La idea que atraviesa esas lecturas es sobre todo que el Siervo, con su muerte, salva: él es el sacerdote que ofrece su propia sangre. El ha mantenido la fidelidad al Amor de modo total, y no se ha echado atrás por temor a ser destrozado por el pecado que domina el mundo: así, ha abierto en medio de la historia de los hombres un camino que es camino de Dios. Todo esto resuena de modo especial en la celebración con la solemne aclamación antes de la pasión: "Cristo, por nosotros...": este canto debería aparecer como un resumen aclamativo de las lecturas uniendo las primeras con la pasión.

PRIMERA LECTURA: Isaías 52, 13-15; 53, 1-12

"El fue traspasado por nuestros crímenes"

Mi siervo tendrá éxito, crecerá y llegará muy alto. Lo mismo que muchos se horrorizaban al verlo, porque estaba tan desfigurado que no parecía hombre ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchas naciones. Los reyes se quedarán sin palabras, al ver algo que nunca les habían contado y comprender algo que nunca habían oído. ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se manifestó el poder del Señor?

Creció ante el Señor como un retoño, como raíz en tierra árida. No tenía gracia ni belleza para que nos fijáramos en él, tampoco aspecto atractivo para que lo admiráramos. Fue despreciado y rechazado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento; como alguien a quien no se quiere mirar, lo

despreciamos y lo estimamos en nada. Sin embargo, él llevaba nuestros sufrimientos, soportaba nuestros dolores. Nosotros lo creíamos castigado, herido por Dios y humillado, pero eran nuestras rebeldías las que lo traspasaban y nuestras culpas las que lo trituraban. Sufrió el

castigo para nuestro bien y con sus heridas nos sanó. Andábamos todos errantes como ovejas, cada uno por su camino, y el Señor cargó sobre él todas nuestras culpas. Cuando era maltratado, él se sometía, y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa ni juicio se lo llevaron, y ¿quién se preocupó de su suerte?

Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron por los pecados de mi pueblo; lo enterraron con los malhechores, lo sepultaron con los malvados, aunque él no cometió ningún crimen ni hubo engaño en su boca. Pero el Señor quiso quebrantarlo con sufrimientos. Y si él entrega su vida como expiación, verá su

descendencia, tendrá larga vida y por medio de él, prosperarán los planes del Señor. Después de una vida de amarguras verá la luz, comprenderá su destino. Mi siervo, el justo, traerá a muchos la salvación cargando con las culpas de ellos.

Por eso, le daré un puesto de honor entre los grandes y con los poderosos participará del triunfo, por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores. Pues él cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores.

SALMO RESPONSORIAL: 30

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

A ti, Señor, me acojo, que no quede yo nunca defraudado; líbrame por tu bondad. En tus manos encomiendo mi espíritu; tú, mi Dios leal, me librarás.

R. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Soy la burla de mis agresores, motivo de risa para mis vecinos, el espanto de mis conocidos; los que me ven por la calle huyen de mí; olvidado de todos como un muerto, me he convertido en un objeto inútil.

R. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Pero yo confío en ti, Señor; yo te digo: «Tú eres mi Dios». Mi destino está en tus manos, líbrame de los enemigos que me persiguen.

R. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, sálvame por tu amor. Sean fuertes y anímense, todos los que esperan en el Señor.

R. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

SEGUNDA LECTURA: Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

"Aprendió a obedecer y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen"

Hermanos: Ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un sumo sacerdote eminente que ha penetrado en los cielos, mantengámonos firmes en la fe que profesamos.

Pues no es él un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que ha sido probado en todo como nosotros excepto en el pecado.

Acerquémonos, pues, con plena confianza al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y encontrar la gracia de un socorro oportuno.

El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado en atención a su actitud reverente; y precisamente porque era Hijo, aprendió sufriendo a obedecer. Llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen. Palabra de Dios. Te alabamos Señor.

LA PASIÓN DEL SEÑOR

Comparado con los relatos sinópticos, el de Juan contiene algunos elementos propios que le confieren personalidad: 1.- en el huerto Jesús se revela con la fórmula divina "Yo soy"; 2.- Jesús intercede a favor de sus discípulos y consigue que los dejen en libertad; 3.- la bofetada del criado del Sumo Sacerdote tiene valor simbólico: los judíos lo rechazan mientras Pedro reniega incluso de él; 4.- la escena con Pilato es presentada dividida en desplazamientos del gobernador de fuera a dentro del pretorio: fuera es donde se hallan los acusadores que respiran violencia; dentro, es el lugar del diálogo sereno; 5.- se acentúa la realeza de Cristo: en las burlas de los soldados, en el gesto de Pilato de sentarlo en el tribunal, en el título de la cruz, en el manto y la corona; 6.- Jesús carga él mismo la cruz y parte hacia el lugar de la ejecución, casi como tomando él la iniciativa en la funesta comitiva; 7.- la presencia de María y del discípulo al pie de la cruz; 8.- la afirmación: "Todo está cumplido"; 9.- la lanzada y su significado mesiánico (cfr. Zac. 12,10); 10.- la mención de Nicodemo y de las cien libras (¡30 kilos!) de mirra y áloe, perfumes regios para el Rey de los judíos.

De estos elementos emerge la imagen que el relato de Juan quiere presentarnos de Jesús: El es dueño de la acción, se entrega voluntariamente: "da su propia vida" y nadie se la quita; es el Rey del verdadero Israel creyente que se mantiene fiel a los pies de la cruz, ante la cobardía de algunos discípulos, el rechazo del pueblo judío, y el escepticismo de los romanos; Jesús se muestra obediente a la voluntad del Padre, haciéndose eco de las palabras de la segunda lectura: "aprendió a obedecer padeciendo" (Heb. 5,8).

+EVANGELIO: Juan 18, 1-40; 19, 1-42

"Pasión de nuestro Señor Jesucristo"

C. En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron el torrente Cedrón y entraron en un huerto que había cerca. Este lugar era conocido por Judas, el traidor, porque Jesús se reunía frecuentemente allí con sus discípulos. Así que Judas, llevando consigo un destacamento de soldados romanos y los guardias puestos a su disposición por los sumos sacerdotes y los fariseos, se dirigió a aquel lugar. Iban armados y equipados con faroles y antorchas.

Jesús, que sabía todo lo que iba a ocurrir, salió a su encuentro y les preguntó:

†. «¿A quién buscan?»

C. Ellos contestaron:

S. «A Jesús de Nazaret».

C. Les dijo Jesús:

†. «Yo soy».

C. Judas, el traidor, estaba allí con ellos. En cuanto les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Jesús les preguntó de nuevo:

†. «¿A quién buscan?»

C. Volvieron a contestarle:

S. «A Jesús de Nazaret».

C. Jesús les dijo:

†. «Ya les he dicho que soy yo. Por tanto, si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan».

C. Así se cumplió lo que él mismo había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella a un criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro:

†. «Guarda tu espada. ¿Es que no debo beber este cáliz de amargura que el Padre me ha preparado?»

C. Los soldados romanos, con su comandante al frente, y la guardia judía, arrestaron a Jesús y le ataron las manos. Acto seguido, lo condujeron a casa de Anás, el cual era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Caifás era el que había aconsejado a los judíos: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo».

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, entró al mismo tiempo que Jesús en el patio interior de la casa del sumo sacerdote. Pedro, en cambio, tuvo que quedarse fuera junto a la puerta, hasta que el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera y consiguió que lo dejara entrar. Pero la portera preguntó a Pedro:

S. «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?»

C. Pedro le contestó:

S. «No, no lo soy».

C. Como hacía frío, los criados y la guardia habían preparado una fogata y estaban en torno a ella calentándose. Pedro estaba también con ellos calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su enseñanza. Jesús declaró:

†. «Yo he hablado siempre en público. He enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos. No he enseñado nada clandestinamente. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído, y ellos podrán informarte».

C. Al oír esta respuesta, uno de los guardias, que estaba junto a él, le dio una bofetada, diciéndole:

S. «¿Cómo te atreves a contestar así al sumo sacerdote?»

C. Jesús le dijo:

†. «Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»

C. Entonces Anás lo envió, con las manos atadas, a Caifás, el sumo sacerdote.

Mientras Simón Pedro estaba junto a la fogata, calentándose, uno le preguntó:

S. «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?»

C. Pedro lo negó diciendo:

S. «No, no lo soy».

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquél a quien Pedro había cortado la oreja, le insistió:

S. «¿Cómo que no? Yo mismo te vi en el huerto con él».

C. Pedro volvió a negarlo. Y en aquel momento cantó el gallo.

Después condujeron a Jesús desde la casa de Caifás hasta el palacio del gobernador. Era de madrugada. Los judíos no entraron en el palacio para no contraer impureza legal, y poder celebrar así la cena de pascua. Pilato, por su parte, salió adonde estaban ellos y les preguntó:

S. «¿De qué acusan a este hombre?»

C. Ellos le contestaron:

S. «Si no fuera un criminal, no te lo habríamos entregado».

C. Pilato les dijo:

S. «Llévenselo y júzguenlo según su ley».

C. Los judíos dijeron:

S. «Nosotros no estamos autorizados para condenar a muerte a nadie».

C. Así se cumplió la palabra de Jesús, que había anunciado de qué forma iba a morir. Pilato volvió a entrar en su palacio, llamó a Jesús y le interrogó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Jesús le contestó:

†. «¿Dices eso por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?»

C. Pilato respondió:

S. «¿Acaso soy yo judío? Son los de tu propia nación y lo sumos sacerdotes los que te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

C. Jesús le explicó:

†. «Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis seguidores hubieran luchado para impedir que yo fuera entregado a los judíos. Pero no, mi reino no es de este mundo».

C. Pilato insistió:

S. «Entonces, ¿eres rey?»

C. Jesús le respondió:

†. «Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso he nacido y para eso he venido al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le preguntó:

S. «¿Y qué es la verdad?»

C. Después de decir esto, Pilato salió de nuevo y dijo a los judíos:

S. «Yo no encuentro delito alguno en este hombre. Pero como ustedes tienen derecho a que les ponga en libertad un prisionero durante la fiesta de la pascua, ¿quieren que deje en libertad al rey de los judíos?»

C. Pero ellos seguían gritando:

S. «¡No, a ése no! ¡Deja en libertad a Barrabás!» (El tal Barrabás era un bandido).

C. Entonces Pilato ordenó que lo azotaran. Los soldados prepararon una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. También le colocaron sobre los hombros un manto rojo. Y se acercaban a él, diciendo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!»

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió, una vez más, y les dijo:

S. «Miren, lo traigo de nuevo para que quede bien claro que yo no encuentro delito alguno en este hombre».

C. Salió, pues, Jesús afuera. Llevaba sobre su cabeza la corona de espinas y sobre sus hombros el manto rojo. Pilato lo presentó con estas palabras:

S. «¡Este es el hombre!»

C. Los sumos sacerdotes y los guardias, al verlo, comenzaron a gritar:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «Llévenselo ustedes y crucifíquenlo; porque yo no encuentro delito alguno en él».

C. Los judíos insistieron:

S. «Nosotros tenemos una ley y, según ella, debe morir, porque se ha presentado a sí mismo como Hijo de Dios».

C. Al oír esto, Pilato sintió aún más miedo. Entró de nuevo en el palacio y preguntó a Jesús:

S. «¿De dónde eres tú?»

C. Pero Jesús no le contestó. Pilato le dijo:

S. «¿Te niegas a contestarme? ¿Es que no sabes que yo tengo autoridad, tanto para dejarte en libertad como para ordenar que te crucifiquen?»

C. Jesús le respondió:

†. «No tendrías autoridad alguna sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto; por eso, el que me entregó a ti tiene más culpa que tú».

C. Desde ese momento Pilato intentaba ponerlo en libertad. Pero los judíos le gritaban:

S. «Si pones en libertad a ese hombre, no eres amigo del emperador romano. Porque cualquiera que tenga la pretensión de ser rey, es enemigo del emperador».

C. Pilato, al oír esto, mandó que sacaran fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el lugar conocido con el nombre de «Enlosado» (que en la lengua de los judíos, se llama “Gábbata”). Era la víspera de la fiesta de la pascua, hacia el mediodía. Pilato dijo a los judíos:

S. «¡Aquí tienen a su rey!»

C. Ellos comenzaron a gritar:

S. «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!»

C. Pilato insistió:

S. «¿Cómo voy a crucificar a su rey?»

C. Pero los sumos sacerdotes contestaron:

S. «Nuestro único rey es el emperador romano».

C. Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran.

Se hicieron, pues, cargo de Jesús quien, llevando a hombros su propia cruz, salió de la ciudad hacia un lugar llamado “La Calavera” (que en la lengua de los judíos se dice “Gólgota”). Allí lo crucificaron junto con otros dos, uno a cada lado de Jesús.

Pilato mandó escribir y poner sobre la cruz un letrero con esta inscripción: “Jesús de Nazaret, el rey de los judíos”. Leyeron el letrero muchos judíos, porque el lugar donde Jesús había sido crucificado estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Los sumos sacerdotes se presentaron a Pilato y le dijeron:

S. «No escribas: “El rey de los judíos”, sino más bien: “Este hombre ha dicho: Yo soy el rey de los judíos”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo que he escrito, escrito queda».

C. Los soldados, después de crucificar a Jesús, se apropiaron de sus vestidos e hicieron con ellos cuatro partes, una para cada uno. Dejaron aparte la túnica. Como era una túnica sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo, los soldados llegaron a este acuerdo:

S. «Es mejor que no la dividamos, vamos a sortearla para ver a quién le toca».

C. Así se cumplió este texto de la Escritura:

Dividieron entre ellos mis vestidos y mi túnica la echaron a suertes.

Eso fue lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús

estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

†. «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Después dijo al discípulo:

†. «Ahí tienes a tu madre».

C. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya. Después Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliera la Escritura, exclamó:

†. «Tengo sed».

C. Había allí una jarra con vinagre. Los soldados colocaron en la punta de una caña una esponja empapada en el vinagre y se la acercaron a la boca. Jesús probó al vinagre y dijo:

†. «Todo está cumplido».

C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

(Aquí todos se arrodillan y oran en silencio unos instantes)

C. Como era el día de la preparación de la fiesta de pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz aquel sábado, ya que aquel día se celebraba una fiesta muy solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara romper las piernas a los crucificados y que los bajaran de la cruz.

Fueron, pues, los soldados y rompieron las piernas a los dos que habían sido crucificados con Jesús. Cuando se acercaron a Jesús, se dieron cuenta de que ya había muerto; por eso no le

rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y en seguida brotó del costado sangre y agua.

El que vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura, que dice: No le quebrarán ningún hueso. La Escritura dice también en otro pasaje: Mirarán al que traspasaron.

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque lo mantenía en secreto por miedo a los judíos, pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió.

Entonces él fue y tomó el cuerpo de Jesús. Llegó también Nicodemo, el que en una ocasión había ido a hablar con Jesús durante la noche, con unos treinta kilos de una mezcla de mirra y perfume. Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas de lino bien empapadas en la mezcla de mirra y perfume, según la costumbre judía de sepultar a los muertos.

Cerca del lugar donde fue crucificado Jesús había un huerto y, en el huerto, un sepulcro nuevo en el que nadie había sido enterrado. Allí, pues, depositaron a Jesús, dado que el sepulcro estaba cerca y era la víspera de la fiesta de pascua.

LA HOMILÍA

En este día habría que preguntarse primero por: ¿qué significa la muerte de JC para mí? ¿qué significa para la Iglesia y la humanidad a la que pertenezco?.

Algunos elementos sugerentes pueden ser:

- Contemplar el amor. Antes que a reflexionar, hoy se nos invita a contemplar. A adorar y dar gracias porque alguien se ha decidido a amar totalmente. A adorar y dar gracias porque Dios ha querido asumir la historia humana totalmente también, para convertirla en historia divina. La adoración de la cruz será hoy expresión de todo eso.

- Creer en el amor. Ante la cruz de JC, símbolo de fracaso, nosotros decimos que creemos en él, en su camino. Que creemos que su amor es fuente de vida, que el amor es más fuerte que el mal que lo crucificó. Que ante su cruz podemos decir: JC es el Señor.

Y lo podemos decir también ante todas las cruces que crucifican el amor en nuestro mundo.

- El hombre verdadero. Es lo que decíamos más arriba al comentar la Pasión: JC es el único que ha sido verdaderamente hombre, que no se ha dejado rebajar ni anular por la cerrazón, la dureza y las mezquindades que nos impiden ser hombres y que hacen que la humanidad no logre ser humana.

- La humanidad al pie de la cruz. Hoy no puede faltar este elemento, y conviene valorar su solemne expresión en la oración universal: hoy, más que nunca, nos sentimos solidarios de los dolores y las esperanzas de los hombres, porque para todos ha dado su vida el Señor.

ORACIÓN UNIVERSAL

1.- POR LA SANTA IGLESIA. Oremos hermanos, por la Santa Iglesia de Dios, para que el Señor le conceda la paz y la unidad, la proteja en todo el mundo y nos conceda una vida serena, para alabar a Dios, Padre Todopoderoso.

Se ora en silencio. Luego prosigue el Sacerdote.

Dios, Todopoderoso y eterno, que en Cristo revelaste tu gloria a todas las naciones, conserva la obra de tu amor, para que tu Iglesia, extendida por todo el mundo, persevere con fe inquebrantable en la confesión de tu nombre. Por Jesucristo nuestro Señor. Todos. Amén.

2

. POR EL PAPA. Oremos también por nuestro santo padre el Papa Francisco, para que Dios nuestro Señor, que lo eligió entre los obispos, lo asista y proteja para e bien de su Iglesia, como guía y pastor del pueblo santo de Dios.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el Sacerdote.

Dios todopoderoso y eterno, cuya providencia gobierna todas las cosas, atiende a nuestras súplicas y protege con tu amor al Papa que nos has elegido, para que el pueblo cristiano, confiado por ti a su guía pastoral, progrese siempre en la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

3.- POR EL PUEBLO DE DIOS Y SUS MINISTROS. Oremos también por nuestro obispo Jonás Guerrero Corona, por todos los obispos, presbíteros , diáconos, por todos los que ejercen algún ministerio en la Iglesia y por todo el pueblo de Dios.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el Sacerdote.

Dios todopoderoso y eterno, que con tu Espíritu santificas y gobiernas a toda tu Iglesia, escucha nuestra súplicas y concédenos tu gracia, para que todos, según nuestra vocación, podamos servirte con fidelidad. Por Jesucristo nuestro Señor. Todos. Amén.

4.- POR LOS CATECÚMENOS. Oremos también por los catecúmenos, para que Dios nuestro Señor los ilumine interiormente y les comunique su amor; y para que, mediante el bautismo, se les perdonen todos sus pecados y queden incorporados a Cristo Nuestro Señor.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el Sacerdote.

Dios todopoderoso y eterno, que sin cesar concedes nuevos hijos a tu Iglesia, aumenta en los catecúmenos el conocimiento de su fe, para que puedan renacer por el bautismo a la vida nueva de tus hijos de adopción. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

5.- POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS. Oremos también por todos los hermanos que creen en Cristo, para que Dios nuestro Señor les conceda vivir sinceramente lo que profesan y se digne reunirlos para siempre en un solo rebaño, bajo un solo pastor.

Se ora en silencio. Luego prosigue el Sacerdote.

Dios todopoderoso y eterno, tú que reúnes a los que están dispersos y los mantienes en la unidad, mira con amor a todos los cristianos, a fin de que, cuantos están consagrados por un solo bautismo, formen una sola familia, unida por el amor y la integridad de la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

6.- POR LOS JUDIOS. Oremos también por el pueblo judío, al que Dios se dignó hablar por medio de los profetas, para que el Señor le conceda progresar continuamente en el amor a su nombre y en fidelidad a su alianza.

Dios todopoderoso y eterno, que prometiste llenar de bendiciones a Abraham y a su descendencia, escucha las súplicas de tu Iglesia, y concede al pueblo de la primitiva alianza alcanzar la plenitud de la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén

7.- POR LOS QUE NO CREEN EN CRISTO. Oremos también por los que no creen en Cristo para que iluminados por el Espíritu Santo, puedan encontrar el camino de la salvación.

Dios todopoderoso y eterno, concede a quienes no creen en Cristo buscar sinceramente agradarte, para que encuentren la verdad; y a nosotros, tus fieles, concédenos progresar en el amor fraterno y en el deseo de conocerte más, para dar al mundo un testimonio creíble de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

8.- POR LOS QUE NO CREEN EN DIOS. Oremos también por los que no conocen a Dios, para que obren siempre con bondad y rectitud y puedan llegar así a creer en Dios.

Dios todopoderoso y eterno, que has hecho a los hombres en tal forma que en todo, aun sin saberlo, te busquen y sólo al encontrarte hallen descanso, concédenos que, en medio de las adversidades de este mundo, todos reconozcamos las señales de tu amor y, estimulados por el testimonio de nuestra vida, tengan por fin la alegría de creer en ti, único Dios verdadero y Padre de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

9.- POR LOS GOBERNANTES. Oremos también por los jefes de Estado y todos los responsables de los asuntos públicos, para que Dios nuestro Señor les inspire decisiones que promuevan el bien común, en un ambiente de paz y libertad.

Dios todopoderoso y eterno, en cuya mano está mover el corazón de los hombres y defender los derechos de los pueblos, mira con bondad a nuestros gobernantes para que, con tu ayuda, promuevan una paz duradera, un auténtico progreso social y una verdadera libertad religiosa. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

10. OREMOS POR LOS QUE SE ENCUENTRAN EN ALGUNA TRIBULACIÓN. Oremos, hermanos, a Dios todopoderoso, para que libere al mundo de todas sus miserias, de salud a los enfermos y pan a los que tiene hambre, libere a los encarcelados y haga justicia a los oprimidos, concede seguridad a los que viajan, un pronto retorno a los que se encuentran lejos del hogar y la vida eterna a los moribundos.

Dios todopoderoso y eterno, consuelo de los afligidos y fortaleza de los que sufren, escucha a los que te invocan en su tribulación, para que experimenten todos la alegría de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Todos. Amén.

LA ADORACIÓN DE LA CRUZ

Terminada la oración universal, se hace la oración solemne de la Santa Cruz. El sacerdote, de pie ante el altar recibe la cruz, descubre un poco su extremo superior, la eleva y comienza a cantar el invitatorio **“Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada**

contestan:

se arrodillan
cruz. Después
descubre por completo
rodillas y contesta por tres

la salvación del mundo”. Y todos

Venid y adoremos. Luego todos

mientras el sacerdote mantiene en alto la
descubre el lado izquierdo y finalmente
la cruz. En cada momento el pueblo se pone de
veces al sacerdote.

Antes de pasar ante la cruz
señalados para este día. Las
con el número 1; las que
deben recitarse juntamente

para su adoración se van a recitar los improperios
partes que corresponden al primer coro, se indican
corresponden al segundo, con el número 2; las que
por los dos coros, con los números 1 y 2.

Coro 1 y 2. ANTÍFONA. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos, pues del árbol de la cruz ha venido la alegría del mundo entero.

Coro 1 SALMO 66,2. Que el Señor se apiade de nosotros y nos bendiga, que nos muestre su rostro radiante y misericordioso.

Coro 1 y 2 ANTIFONA. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos, pues del árbol de la Cruz ha venido la alegría al mundo entero.

IMPROPERIOS I

Coro 1 y 2. Pueblo mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. ¿Por qué yo te saqué de Egipto, tú le has preparado una cruz a tu salvador?

Coro 2. Pueblo mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1 y 2. ¿Por qué yo te guié cuarenta años por el desierto, te alimenté con el maná y te introduje en una tierra fértil, tú le preparaste una cruz a tu salvador?

Coro 1 y 2. ¿Qué más pude hacer, o qué dejé sin hacer por ti? Yo mismo te elegí y te planté, hermosa viña mía, pero tú te has vuelto áspera y amarga conmigo, porque en mi sed me diste de beber vinagre y has plantado una lanza en el costado a tu salvador.

IMPROPERIOS II

Coro 1. Por ti yo azoté a Egipto y a sus primogénitos y tú me has entregado para que me azoten.

Coro 2. Pueblo mío, ¿Qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo te saqué de Egipto y te libré del faraón en el mar Rojo, y tu me has entregado a los sumos sacerdotes.

Coro 2: Pueblo mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo te abrí camino por el mar y tú me has abierto el costado con tu lanza.

Coro 2. Pueblo Mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo te serví de guía con una columna de nubes y tú me has conducido al pretorio de Pilato.

Coro 2. Pueblo mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo te dí a beber el agua salvador que brotó de la peña y tú me has dado a beber hiel y vinagre.

Coro 2. Pueblo mío, ¿Qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Por ti yo herí a los reyes cananeos y tú, con una caña, me has herido en la cabeza

Coro 2. Pueblo mío, ¿ qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo puse en tus manos un cetro real y tú me has puesto en la cabeza una corona de espinas.

Coro 2. Pueblo mío, ¿qué mal te he causado o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1. Yo te exalté con mi omnipotencia y tú me has hecho subir a la deshonra de la Cruz.

Coro 2. Pueblo mío, ¿qué mal te he causado, o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Coro 1: ¡Cruz amable y redentora, árbol noble, espléndido! Ningún árbol fue tan rico, ni en sus frutos ni en su flor.

Coro 2: ¡Dulce leño! ¡Dulces clavos! ¡Dulce el fruto que nos dio!

Solista: Canta, oh lengua jubilosa, el combate singular en que el salvador del mundo, inmolado en una cruz, con su sangre redentora, a los hombres rescató.

Solista: Cuando Adán, movido a engaño, comió el fruto del Edén, el creador, compadecido, desde entonces decretó: que un árbol nos devolviera lo que un árbol nos quitó. **(Responden Coro 1 y luego el 2).**

Solista: Cuando el tiempo hubo llegado, el Eterno nos envió a su Hijo desde el cielo, Dios eterno como El, que en el seno de una virgen carne humana revistió. R/...

Solista: ¡Hecho un niño está llorando, de un pesebre la estrechez! En Belén, la Virgen Madre, en pañales lo envolvió: ¡He allí al Dios potente, pobre, débil, párvulo!

Solista: Cuando el cuerpo de Dios-Hombre alcanzó su plenitud, al tormento libremente, cual Cordero, se entregó, pues a ello vino al mundo: a morir en una cruz.

Solista: Ya se enfrenta a las injurias, a los golpes y al rencor, ya la sangre está brotando de la fuente de salud. ¡ En que río tan divino se ha lavado la creación!

Solista: ¡Árbol santo, cruz excelsa, tu dureza ablanda ya, que tus ramas se dobleguen al morir el Redentor, y en tronco suavizado, lo sostengas con piedad.

LA COMUNIÓN

San Francisco de Sales, en su Introducción a la vida devota, nos habla de la comunión frecuente:

“Si les preguntan por qué comulgan tan a menudo, respondan que es para aprender a amar a Dios, para limpiarse de las propias imperfecciones, liberarse de sus miserias y consolarse en sus quebrantos.

Dos clases de gentes necesitan comulgar a menudo: los perfectos, porque no deben alejarse de Aquél que es fuente y manantial de su perfección, y los imperfectos, para que puedan aspirar a la perfección; los fuertes para no debilitarse y los débiles para fortalecerse; los enfermos para sanar y los sanos para no enfermar...

Y en cuanto a ti, imperfecto, débil y enfermo, debes comulgar frecuentemente para recibir a Aquél que es tu perfección, tu fuerza y tu médico.

Los que tienen poco trabajo necesitan comulgar frecuentemente porque les sobra tiempo y la ociosidad es peligrosa para el espíritu, y los que están muy atareados, por la necesidad de alimento que requiere un arduo trabajo.

Digan a los que les pregunten que comulgan a menudo para aprender a hacerlo bien, porque es imposible hacer algo bien si no se practica con mucha frecuencia.

Comulguen a menudo, lo más a menudo que puedan”. La colina del Gólgota o “calavera” era símbolo del exterminio humillante. Jesús entrega todo. Su desnudez evidencia la condición del ser humano explotado y despojado

Hoy las cruces ya no son de madera. Las cruces las constituyen las ideas que esclavizan los seres humanos. La cruz es la realidad cotidiana de dos personas que se atormentan mutuamente sin llegar a formar un hogar. La cruz es la realidad de miseria que inunda calles, montañas y ciudades como un torbellino incontenible.

Hoy sigue siendo viernes santo.

EL ROSARIO DE PÉSAME

En este día, todos los cristianos acompañamos a nuestra María en su profundo dolor maternal por la muerte de su único. Imaginemos a María, como en esa gran escultura de llorosa observando y sosteniendo el cuerpo frío de su Hijo en tarde cae y todo parece una pesadilla. Ha ocurrido todo tan sólo hace unos días, Jesucristo era recibido por los habitantes de palmas entre gritos de alegría y proclamándolo su rey. El jueves había y luego enjuiciado y ejecutado cruelmente.

María, con su hijo en brazos, cierra los ojos por un momento y recuerda aquel momento gozoso de la anunciación, cuando el Angel Gabriel la encontró sola en su habitación y le dio la gran noticia de que había sido elegida por Dios para ser madre del Mesías, del Salvador de la



humanidad. Recuerda con gran ternura, a su pequeño hijo dentro de su vientre y los nueve meses de gran alegría en convivencia íntima con el niño Dios en su seno; la visitación a su prima Isabel, el nacimiento en Belén en un pobre pesebre y tantos y tantos momentos de la infancia de Jesús.

Parecería que fue ayer cuando llevaba a su pequeño Jesús al templo para presentarlo al Señor y cuando escuchó las palabras proféticas del viejo Simeón: “mira, este niño va ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos” (Lc. 2,34-35).

María abre los ojos al recordar estas palabras y experimenta en carne viva la espada de dolor que atraviesa su corazón. Las lágrimas descienden por sus suaves mejillas y prefiere traer a la mente las imágenes de Jesús predicando entre la muchedumbre, realizando grandiosos milagros, curando a los enfermos y llevando la paz y la alegría a todos los hombres. Por un instante ve a su Hijo en la cruz, refiriéndose a San Juan y a todos nosotros y diciendo: “Mujer, he ahí a tu Hijo”.

Hoy María experimenta un dolor muy profundo, el dolor de una madre que pierde a su hijo amado. Ha presenciado la muerte más atroz e injusta que se haya realizado jamás, pero al mismo tiempo la alienta una gran esperanza sostenida por la fe. María vio a su Hijo abandonado por los apóstoles temerosos, flagelado por los soldados romanos, coronado con espinas, escupido, abofeteado, caminando descalzo debajo de un madero astilloso y muy pesado hacia el monte Calvario, donde finalmente presencié la agonía de su muerte en la cruz, clavado de pies y manos. Y a pesar de este dolor intenso, María confía en la Resurrección de Jesucristo, su Hijo y Nuestro Señor. María saca fortaleza de la oración y de la confianza en que la voluntad de Dios es lo mejor para nosotros, aunque nosotros no lo comprendamos.

Antes de morir y en presencia de María y de Juan, Jesús le dijo a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” luego dice al discípulo: “ahí tienes a tu Madre” (Jn. 19,26-27). Es así como Jesús nos deja a su madre a todos los cristianos. Jesús quiso compartir con nosotros a su Madre santísima, quiere que acudamos a ella como Madre. Todas las gracias y dones que Dios nos da pasan por sus manos, y todas nuestras intenciones y peticiones, Ella las presenta ante Dios. Podemos y debemos confiar en María y pedirle que nos acompañe en nuestros sufrimientos.

Acompañemos a María en su espera paciente y dolorosa de la venida de Cristo Resucitado. Es ella quien con su compañía, su fortaleza y su fe nos da fuerza en los momentos de dolor, en los sufrimientos diarios y pidámosle la gracia de sufrir unidos a Jesucristo.

PRIMER MISTERIO. María encuentra a Jesús en el camino del Calvario.

A.- Virgen María, ¡qué duro fue para ti el ir angustiada en busca de tu Hijo y encontrarlo, de la noche a la mañana, como totalmente cambiado, con el rostro maltratado, con el cuerpo flagelado, abandonado de sus amigos, cargando con el principal instrumento de su pasión, camino a la muerte.

B.- ¡Estamos contigo! Hacemos nuestro tu dolor, pensando en los que sufren en su alma con el sufrimiento de algún familiar o persona querida; sabemos que, cuando uno ama, el dolor ajeno causa más dolor que el propio.

A.- Nuestro consuelo para ti quiere hoy ser el aprovechar ese dolor que tu padeciste,

SEGUNDO MISTERIO. María al pie de la Cruz de Jesús.

A.- María, ¡qué inmensa pena tuviste en el alma al ver padecer a tu Hijo en manos de sus verdugos y de una chusma enloquecida!

B.- Nos pesa, María, por tus sufrimiento; estamos a tu lado pensando en los que vemos agonizar o están enfermos en medio de dolores inaguantables.

A.- Nuestro consuelo para ti quiere ser hoy, el aprovechar y seguir tu ejemplo ofreciendo los sufrimientos de nuestros hermanos como tu ofrecías a Dios la Pasión de tu Hijo y lo sostenías con la oración y alentando su fe, como la madre de los Macabeos cuando sus hijos eran martirizados.

TERCER MISTERIO. María recibe a su Hijo Jesús muerto.

A.- Virgen María, ¡qué dolor sin medida experimentaste al tener en tus brazos a tu Hijo muerto!.

B.- Nosotros los que vivimos hoy, tantos años después, somos también responsables de la muerte de Cristo, tu Hijo, por eso no nos queda en nuestro pésame más que inclinar la cabeza y decirte sin palabras: “perdón”

A.- Me pesa, Virgen María, hasta el alma, porque con mis pecados yo colaboré; yo sé que Jesús al pie de la cruz te dio otros hijos, mis hermanos; lo único que puedo decirte es: ¡“Madre, me uniré para luchar contra todo lo que causa la muerte!

CUARTO MISTERIO. María En la sepultura de Jesús.

A.- María, ¡qué dolor el tuyo al ver cómo enterraban a tu Hijo tras la loza de un sepulcro!

B.- Todo parecía un renglón más en la historia de las injusticias de los hombres y era como el último capítulo de la vida de un buen hombre.

A.- Virgen Santísima, nos unimos a tu dolor; sabemos que para ti en aquel momento se había acabado tu Hijo, pero no se había acabado Dios y por eso tu consuelo estaba en El.

B.- Queremos estar contigo avivando la fe de aquellos que ven terminadas todas sus esperanzas o marchitados todos sus ideales.

QUINTO MISTERIO. La soledad de María

A.- Oh María, ¡qué sufrimiento tan espantoso cuando te viste sola, sin Jesús, sin el Hijo de tus entrañas; nada ni nadie lo podía suplir y así regresaste a la gran ciudad de Jerusalén, que no era tu ciudad y en donde ahora más que nunca te sentías como extraña!

B.- Nos pesa, Virgen María! Haremos nuestro tu dolor y queremos estar contigo acercándonos a todos los que están solitarios lejos de su pueblo y de sus familias.

A.- Queremos consolarte estando cerca de los que, marginados en las grandes y crueles ciudades, viven una soledad que es figura de la tuya.

B.- Te pedimos Madre, por tu soledad, que te sientan cercana los que agonizan solos, separados obligatoriamente de sus familiares, en las salas de terapia intensiva en los hospitales.

